

Kessler, Hans. *¿Resurrección? El camino de Jesús hasta la cruz y la pascua*. Salamanca: Sígueme, 2023, 208 pp. ISBN: 978-84-301-2180-9.

No es la primera vez que Hans Kessler dedica un ensayo al tema de la resurrección de Jesús. Ya en 1985 se había ocupado de él en una densa monografía titulada *La resurrección de Jesús. Aspecto bíblico, teológico y sistemático* (1989). Aquella obra, que tuvo una rápida difusión, resultó ser, para el gusto del autor, demasiado extensa para no pocos de los lectores actuales. El autor alemán reconoce que la investigación no se ha detenido en estos años, y que las preguntas sobre el tema no le han dejado de llegar, invitándolo a pensar. De ahí que haya vuelto a ocuparse a fondo del tema y “haya decidido escribir el presente libro, más breve, que por una parte se mueve en el horizonte del estado actual de la investigación, posicionándome en él, mientras que por otra parte persigue ser comprensible y legible» (p. 12). Sin modificar notablemente ninguna de sus tesis de fondo de la obra anterior, el presente libro clarifica su pensamiento desde una opción metodológica de notable influjo para el resultado de la investigación. Esta premisa metodológica implica excluir, en el tema de la resurrección de Jesús, “un saber dogmático previo”, según el cual “las cosas *deben* de ser tal o cual manera” (p. 14). Por el contrario, el autor prefiere adentrarse en el análisis de los propios testimonios bíblicos, desentrañando con ello los supuestos exegéticos y hermenéuticos necesarios, a fin de que pueda brotar de ellos “un juicio bien fundamentado y una visión que hoy resulte defendible” (p. 14). Nos hallamos así ante un intento de exégesis sin dogma, que condiciona notablemente sus logros, como se demuestra en sus conclusiones finales.

La tesis que defiende el autor explica la razón del título. A lo largo de la obra el autor se interroga si el término “resurrección” no resulta algo equívoco para explicar lo que sucedió con Jesús tras su muerte, y que por tanto “se malinterprete como revivificación o resucitación de cadáveres y retorno a la tierra” (p. 150). Lejos de entenderse la resurrección de Jesús y de los muertos como una revivificación física del cadáver, defiende la tesis que “se trata de la acogida de la persona en la dimensión radicalmente distinta, trascendente, celestial o eterna de Dios” (p. 151).

La obra se estructura en cinco capítulos. Se comienza por el Jesús terreno, su mensaje y su camino hasta la crucifixión, como punto de partida para acceder a la pascua y comprender el significado de ella. El autor domina muy bien los datos históricos que la crítica posee en torno a la figura de Jesús (procedentes de autores

como Theissen-Merz, Becker, Gnilka, Lohfink, y sobre todo Ebner). Como dato más destacado de su camino terreno, Kessler se fija en la imagen de Dios que se trasluce en la predicación y en la actuación histórica de Jesús. El mensaje de Jesús sobre Dios se distingue por ponderar la bondad de Dios en vez de su ira y cólera. Se trata de una idea insistente a lo largo del capítulo y de la obra: Dios es “el fundamento santo y bueno de la realidad” (p. 35), “experimenta a Dios como bondad última” (p. 43), constituyendo incluso el motivo de su condena (“fue eliminado porque abogó en nombre de Dios por el bien radical”, p. 45). Asimismo, la irrupción de este Dios no se dilata en el tiempo, sino que acontece “aquí y ahora”, de manera que Kessler acentúa así el sentido *cumplido* de la escatología del reino, no sólo en su predicación, sino sobre todo en los milagros de Jesús: “ya aquí y ahora gana espacio el reinado de la *bondad* divina, el reino de Dios” (p. 34-35).

Así pues, desde el inicio de la obra el autor ya adelanta los elementos esenciales que constituyen su posición ulterior acerca de la resurrección de Cristo. En primer lugar, el modo de presentar el mensaje de Jesús acerca del Reino a partir de la elección a favor de esta “escatología realizada” (que recuerda a C. H. Dodd) resulta ser una opción que condiciona paulatinamente su concepción a favor de un modelo actual, instantáneo, de la glorificación de Jesús, sin necesidad de recuperar el cadáver. La tensión escatológica se resuelve en un modelo de presente: no hay dilación ninguna. “Esto es muy característico de Jesús —dice al final de libro—, pues para él era el *reino de Dios ahora* [...] lo que ocupaba el centro de su interés, quedando desplazada al margen la mirada a una vida después de la muerte” (p. 176). En segundo lugar, y en coherencia con esta escatología instantánea, esta la concepción teológica como predominio de una concepción “patrogenética” (que recuerda a K. Rahner) en el ministerio terreno de Jesús, que va a supeditar también la posterior visión de la resurrección como una acción preponderante del Padre sobre Jesús. Así lo recoge a la luz del tenor literal de las confesiones pascuales de los apóstoles: “Formaron la comunidad primitiva y afirmaron que Dios había ‘despertado’ a Jesús, que lo había ‘elevado’ junto a él, que Jesús ‘vivía’ (en la dimensión de Dios), que estaba ocultamente presente desde Dios” (p. 54).

El resto de la obra se dedica a descifrar el factor X: ¿Qué es lo que debió de ocurrir? Así, el capítulo 2 lo dedica a desmentir las opiniones recientes que vuelven a dudar si Jesús murió en la cruz (Franz Alt, Johannes Fried), para corroborar que, si no se quiere ceder al gnosticismo antiguo, hay que admitir que todas las

fuentes antiguas atestiguan, como hecho histórico seguro, que Jesús fue crucificado (año 30 por orden de Pilato, en tiempo de Tiberio), y a cuya suerte no es fácil conjeturar que sobreviviera, debido a la crueldad de tal ejecución, como testimonia Flavio Josefo.

A partir del capítulo 3, el autor comienza a interpretar la “fosa pascual” que separa la vida histórica de Jesús, de su confesión pascual. Comienza a investigar las posturas exegéticas de los relatos pascales, entre dos posibles maneras extremas: o como narración de sucesos milagrosos, en contradicción irresoluble con el conocimiento actual del mundo; o como narraciones simbólicas, más compatibles con la imagen científica del mundo, pero en lo que “quizá se renuncia a algo esencial, que se pierde” (p. 71). El autor opta por dilucidar la naturaleza de los relatos, apelando a su cronología más bien tardía (entre los años 70 y 100 d. C.), y distinguiendo dos clases: los *credos* pascales breves y antiguos (sin detalles gráficos) y los *relatos* pascales más largos (en los predomina la escenificación). El análisis de todo el material neotestamentario se pone al servicio de responder al interrogante fundamental: “¿Qué acontecimiento (‘la X desencadenante’) ocasionó su pronto retorno a Jerusalén (de los discípulos dispersos por la muerte) y la confesión de fe en la resurrección, tal como la encontramos en la fórmula de resurrección más antigua (‘Dios resucitó a Jesús de entre los muertos’)” (p. 72). Para Kessler, la antigüedad de esta fórmula confesional unimembre, en sintonía con la tradición veterotestamentaria judía, así como la dependencia de las demás fuentes restantes (y en coherencia también con el principio “patrogenético” de la vida terrena de Jesús ya indicado), son elementos que inclinan a sostener un modelo de *exaltación o elevación* de Jesús al cielo, a la dimensión de Dios, como modelo explicativo más óptimo de la profesión de fe en su resurrección (cf. p. 75). Consecuente con esta cristología primitiva, que acentúa la acción escatológica del Padre sobre Jesús, el autor afronta la tesis más audaz de su ensayo, en un largo excursu, que se ocupa, apoyado en las investigaciones recientes de Jürgen Becker, que excluye la necesidad de que estuviera vacía la tumba de Jesús. Según el estudio citado, los textos protojudíos al respecto no avalan la necesidad de simultaneidad del anuncio de la resurrección por parte de los cristianos del entorno jerosolimitano con la demostración de la tumba vacía. “Sea como fuere, los sepulcros no desempeñan en ello papel alguno, porque predomina la concepción de que el cuerpo terreno perece definitivamente y, en su lugar, Dios crea algo nuevo” (p. 90).

En el capítulo 4 el autor rebate las aportaciones de Ulrich B. Müller, que excluye toda discontinuidad entre el viernes santo y la mañana de pascua, produciéndose en la conciencia de los apóstoles un proceso de duelo no regresivo, que acaba sorprendentemente en una “visión del Resucitado” (p. 118). Para Kessler, la conversión de Pablo y Santiago, el hermano del Señor (1Cor 15,7), alejados del círculo terreno de Jesús, y testigos después del Resucitado, desmiente la tesis de la continuidad meramente intrahistórica, postulando a la vez la discontinuidad pascual como efecto de un acontecimiento imprevisto sorprendente.

Su investigación desemboca en el último capítulo, el más importante, con una reflexión sistemática basada en los temas principales de la obra. En primer lugar, un apunte teológico-fundamental acerca de Dios, puesto que la cuestión de la resurrección se emparenta con una cierta teodicea, al postular la acción de Dios como fundamento primigenio de la realidad (p. 137s.). En segundo lugar, una revisión cristológica-antropológica del significado de “resurrección”, saliendo de la equivocidad que lo equipara a “revivificación” de un cadáver, para afirmar contrariamente que la corporalidad de la resurrección, antes que material, es personal, como cabalmente significa en san Pablo al hablar del cuerpo “pneumático” de los resucitados (1Cor 15,44). Y, tercero, una conclusión vital y pastoral, puesto que el cristianismo, por ser una “religión de la resurrección”, es también una “religión del ‘levántate’”, de la resurrección ahora, de la comunión presente con Cristo y del compromiso con la justicia (p. 175s.).

El autor consigue su propósito inicial de claridad pedagógica para explicar su postura y dialogar con la actual investigación. Se trata de una buena síntesis que destaca por su coherencia interna, dominio de todos los aspectos meditados y estímulo a la reflexión sobre la temática. El apunte más crítico a la obra vendría quizás de las exigencias que se derivan de su opción por superar el equívoco de la resurrección de Jesús como revivificación o resucitación de cadáveres, a través del modelo de “inmortalidad donada” (p. 151), que deja abiertos interrogantes acerca del carácter corporal de la resurrección de Jesús. Si bien es cierto que la corporeidad no es solo la materia —como bien demuestra el autor—, tampoco la resurrección se reduce a una exclusiva pervivencia del alma. De lo contrario, sería difícil comprender cómo es “recogida, conservada, consumada” por Dios (p. 159) la intersubjetividad humana en el estado glorioso del cuerpo, si este ya no es mediación eficaz para los demás. Por ello, si no se quiere ceder a un nuevo dualismo, la argumentación antropológica de la obra, dependiente de la distinción en alemán entre cuerpo material (*Körper*) y personal (*Leib*), debe situarse en el plano

fenomenológico de la percepción humana sin supuestos saltos hacia presupuestos trascendentales, que impliquen separar el sujeto interior humano (*noumeno*) de su propia expresión corpórea (*fenómeno*). Además, el hecho de que la investigación histórica (J. Becker) libere la necesidad de la función de los relatos sobre la tumba vacía de las exigencias de una supuesta mentalidad antropológica judía, que no alcanzaría a creer en la resurrección con la evidencia a la vez del cadáver, no se concluye necesariamente de ello la hipótesis de que permaneciera el cadáver en la tumba de Jesús, sino precisamente, al contrario, la intencionalidad de los evangelistas en afirmar que estuviera vacío, como hecho verídico que apoya el carácter corporal de la resurrección. Por último, tampoco se debería privilegiar tanto las fórmulas confesionales unimembres, puesto que ellas no son las únicas que emplea el Nuevo Testamento para confesar la resurrección de Cristo, sino que su evolución a otras polimembres (“resucitó” y, sobre todo, “se apareció”, 1Cor 15,3-6) favorecen la implicación del Hijo en la acción en la resurrección, impidiendo resolver todo el asunto en una acción exclusiva y monárquica del Padre.

Pedro Luis Vives Pérez
Instituto Teológico “Cor Christi” (Alicante)